

El Uso Responsable De Los Bienes Materiales

Martín Lutero

Sermón dado ante la corte del Elector Juan Federico de Sajonia.

Fecha: Jueves 5 de septiembre de 1532.

Texto: Lucas 16:1-9. *Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes. Entonces le llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta. Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Él le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta. Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.*

Introducción: Cristo nos exhorta a hacer buen uso de nuestros bienes.

Presentemos a nuestro buen Dios un sacrificio en señal de alabanza y gratitud, escuchando su santa palabra, y luego viviendo también santamente conforme a ella, con las fuerzas que el Señor nos da. Oímos ayer que Cristo mostró a sus oyentes al mayordomo infiel como un ejemplo para que imitemos su prudencia. Muy bien lo dispuso todo para escapar del hambre y de las penurias. Y aunque las medidas que tomó resultaron en perjuicio de su amo, sin embargo logró ganarse la aprobación de éste, y con esto su futuro quedó asegurado. Así haced también vosotros, a saber: "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas". Aquel mayordomo, dice Cristo, al ver que se acercaban para él tiempos difíciles, tiempos de pobreza y miseria y hasta de hambre, se las arregló para ganar amigos con los bienes de su amo, robándole y engañándolo, para que tuviese dónde parar. Haced vosotros lo mismo: ganad amigos con vuestros bienes, para que cuando éstos falten, os reciban en, el cielo.

1. El mayordomo se hace culpable por usar incorrectamente los bienes de su amo.

El excesivo amor a lo material es ingratitud hacia Dios.

Al comparar los bienes nuestros con los bienes mal habidos del mayordomo, diciendo con palabras expresas que son "riquezas injustas", Cristo nos imparte una lección muy dura. Nos trata

como si todos fuésemos malos mayordomos y como si usáramos sus bienes en perjuicio de él; de sus palabras podría desprenderse que cuanto más uso hacemos de sus bienes, tanto más empeoramos. ¡Sin embargo, yo creía que los bienes que Dios nos da en la casa y en el campo, los poseíamos con su beneplácito y honradamente! ¿Cómo se puede decir que mi quinta, mi campo, mi casa, mi palacio, mi ducado y mi reino es un Mamón¹ robado, hurtado, injusto? Si fuera así, ya nadie podría atreverse a comer un bocado de pan; siempre tendría que pensar: "Soy un ladrón, soy un ladrón". Hay una buena explicación de este problema: el Mamón se llama "injusto" no porque fue adquirido con medios ilícitos, sino porque se lo pone al servicio de la injusticia. Como explicación se puede aceptar. Lo que pasa es que no se quiere ir al fondo de la cuestión. Así es que en el mundo gobierna la avaricia, y el Mamón es el dios que todos adoran. Lo tenemos a la vista, y sin embargo, no debiera ser así. Pablo dice en Romanos 8 (v. 20) que la creación fue sujeta a la vanidad o al abuso; y en verdad, el abuso que se hace de las riquezas es una completa vanidad, ya que nuestro Señor Jesucristo mismo, hablando del alto valor que tienen nuestros cinco sentidos y nuestro cuerpo, pone todo el oro y la plata a la altura de trastos viejos. Pero ¿qué ocurre? ¿Cuanto más dinero logra juntar un hombre, tanto más se le respeta, y el que blasfema del Dios altísimo, es el que mejor lo pasa! Sin embargo, ese dinero no lo junta para socorrer a las necesidades de su prójimo, sino exclusivamente para su uso personal. Y precisamente de ese mal uso se los quiere apartar a los hombres, y se los quiere inducir a que usen sus bienes en forma acorde con la voluntad de Dios. Esta es también la opinión de Cristo al contarnos la parábola del mayordomo infiel: llama "injusto" al Mamón, o sea, a nuestras riquezas, para humillarnos a nosotros y a todos cuantos quieran aceptar su palabra. Pero la gran mayoría no la acepta. Ante esa mayoría bastará con que puedas aducir en favor tuyo: "Mis bienes y mi dinero los he adquirido en forma honrada y lícita, no tengo nada que ocultar ante nadie". Ante Dios empero no puedes jactarte de la adquisición honrada ni de un solo centavo. Puede que seas un poco mejor que aquel mayordomo del que nuestro texto dice que había robado. Pero si analizamos las cosas a fondo, todos somos hombres que han sido concebidos en pecados y que viven en pecados; no somos dignos de que nos lleve la tierra, ni de un bocado de pan ni de un sorbo de agua. Pues si Dios quisiera proceder con pleno rigor, tendría que decirnos: "Yo te di alma y cuerpo, ojos y oídos, mujer e hijos, y una bolsa llena de oro; ¿y qué hiciste tú por mí, de qué manera me lo agradeciste?" Si Dios nos hablara en tales términos, nuestra conciencia quedaría tan aterrada que desearíamos no haber comido jamás un bocado de pan ni haber mamado la leche materna. Y mucho más aterrados aún quedarán los que han cometido abierto abuso y se han negado a ayudar a su prójimo con los bienes que Dios les dio.

Dejar padecer necesidad al prójimo también es una ferina de ingratitud.

Nada diré por el momento de los que adquirieron su fortuna mediante el robo. Quiero hablar primeramente de los que suelen recalcar: "Lo que tengo es mío. Mi trigo y mi dinero, mi leche, queso y manteca, todo lo adquirí honradamente. Trata tú de adquirir lo tuyo en la misma forma". Ante el mundo podrán tener razón, en contraste con los que para hacerse de dinero recurren al robo, al hurto y a la usura. A ellos precisamente quiero referirme, a los que adquirieron lo suyo con medios lícitos y honrados, aprobados por Dios, pero que no dan ni prestan nada a nadie, pensando que todo es para ellos solos. Esto es a los ojos de Dios una ruindad. A tales personas, Dios les dice: "Yo te di estos bienes, y tú no das nada a tu prójimo.

¹ Palabra que puede traducirse del arameo original como "riqueza", "tesoro".

¿No debías haber ayudado a éste y a aquel otro que padece necesidad? ¿No sabes que todo lo que tienes es mío? Yo te di un cuerpo y una mente sanos para que ayudaras con ellos a tus semejantes. Tú empero no usaste mis dones para servir a tu prójimo, sino que los dejaste tirados en un rincón. ¿O cuándo me diste las gracias, cuándo te alegraste de que yo soy tu Dios que te ha dado todo lo que tienes?" Dios no necesita nuestros bienes materiales, pero lo que sí necesita es que reconozcamos: "Todo es tuyo; tú nos lo diste"; porque su divina voluntad es que en nuestro corazón habiten la reverencia y la humildad, y más amor a él que a los bienes materiales. Mas ¿dónde están los hombres con un corazón tal? Por esto, nadie puede responder a Dios a una cosa entre mil (Job 9:3), ni siquiera en lo que se refiere al servicio que debemos prestar a los hombres; del servicio a Dios ni hablemos. Tanta debiera ser mi piedad, que día y noche debiera alegrarme de que Dios me dio un cuerpo sano, el pan de cada día y todas las demás cosas. Pero esto no lo hace nadie; y si por acaso lo hacemos alguna vez en espíritu, seguramente no lo hacemos en la carne. Otra finalidad para la cual Dios me dio mis bienes es que yo parta mi pan con el hambriento (Isaías: 58:7). Entonces el Mamón ya no sería injusto sino justo, y yo sería un buen mayordomo y administraría los bienes del Señor en forma correcta. Pero lo que sucede es precisamente lo contrario. Por esto, el Mamón es injusto.

2. La longanimidad del amo para con el mayordomo: Dios está dispuesto a perdonarnos nuestra ingratitud.

El abuso más grosero lo cometen aquellos que roban descaradamente. Nosotros también cometemos abuso, pero de una manera sutil: no reconocemos que todo viene de Dios, y no le damos las gracias por ello. Por esto dice Cristo: El Mamón es injusto y seguirá siéndolo. Es Cristo el que dio al Mamón el nombre de "injusto", y no seré yo el que se lo quite. Pero no por esto el Señor quiere rechazarnos; de ahí su exhortación: "Ganad amigos por medio del Mamón injusto, para que os reciban en las moradas eternas". Cristo ubica las cosas en un nivel más bajo, más accesible para nosotros: no habla del amor a su propia persona, sino del amor al prójimo, como si quisiera decir: "Allí, ante vuestros propios ojos, tenéis a vuestro prójimo; éste os puede ayudar a entrar en las moradas eternas. Verdad es que todos vosotros sois unos malvados. Analizándolo con exactitud, os encuentro a todos vosotros como el amo aquel a su mayordomo. Pero os alabaré si hacéis como ese estafador." Había una mentalidad noble en aquel amo, que le hizo pensar: "¡No importa!" Con igual nobleza piensa también el Señor vuestro: "El daño, por cierto, es mío; me han quedado debiendo el honor que me corresponde, me han quedado debiendo también las gracias. Debo mencionar además que omitiste servir a tu prójimo. Todos mis bienes han sido despilfarrados. Pero sé de una reserva con que puedes ganar amigos; cuando hayas muerto, te crearé otros bienes y te daré otro trigo. Por lo tanto, procurad evitar a tiempo vuestra ruina, mediante un sincero y activo amor al prójimo."

Saquemos pues las consecuencias adecuadas de lo que nos dice el Señor, y refugiémonos en el Perdón de los Pecados que confesamos en nuestro Credo. Mediante su parábola, Cristo nos hace saber: "Mi sincero propósito es perdonaros vuestra maldad, y pensar: Es una lástima, pero los hombres son así Y bien: reconoced al menos que 'sois así', que sois mayordomos infieles, y que habéis contraído una deuda enorme. Cuidado con el día de rendición de cuentas, u os quitaré de la mayordomía como lo hizo aquel amo. Por consiguiente, en lo sucesivo haced uso correcto de vuestros bienes, y desprendeos de todo lo que os da en mis ojos la imagen de malvados. Luchad contra vosotros mismos; porque mientras viva el viejo Adán con sus inclinaciones egoístas, vuestra gratitud nunca al cansará un grado satisfactorio. Siempre figuraréis en mi lista

de deudores. Acordaos por lo tanto de que vuestro trigo el trigo robado, y compartidlo con vuestro prójimo. Entonces 'os recibirán en las moradas eternas'."

Dios exige empero que estemos dispuestos a servir al prójimo.

La lección que Cristo nos da, difiere mucho de la que aprendemos de los libros de jurisprudencia o de los dictados de la razón. Lo que expone Cristo es el juicio del evangelio. Un hombre rico jamás se considera a sí mismo un ladrón. Si es prudente y sagaz, sano y fuerte, su opinión es que no debe nada a nadie por ello. Y si alguien posee conocimientos o destreza especiales en cierto ramo, ya se cree todo un señor. Ante Dios, esto no es justo, aunque ante los hombres parezca serlo; ¿o fue acaso tu prójimo' el que te creó, te dio los ojos y oídos y todo lo demás? Nada, absolutamente nada te dio. Por eso, ante mí, que también soy hombre, bien puedes mostrar altivez y desprecio, y yo tengo que callarme la boca. Pero ¡ten cuidado! el que está 'allá arriba, algún día te dirá: "Y bien, noble caballero: yo te di tus manos y tu trabajo. ¿Para qué fin te los di? ¿Acaso para que trates con desdén al que padece necesidad y no tiene con qué cubrirla? ¡Aprende del mayordomo infiel a obrar sagazmente! Él te dice otra cosa." En igual insensatez incurriría yo si, habiendo aprendido a predicar, me hiciera el terco y pensara: ¿Acaso yo tengo que darte un sermón cada vez que se te ocurra pedirme uno? Así yo también podría hacer alarde del don mío, como lo haces tú del tuyo. Mas si Dios me llama a dar cuenta de mi mayordomía, me dirá: "¿No te di yo tu inteligencia para que sea de utilidad a los demás? ¿Crees que eres obispo sólo para cobrar intereses, a rellenarte en tu sillón y roncar? No. Como arma contra los sectarios te la di, para que estés alerta y veles sobre mi grey." Sólo un 'diablo' podría responder: "No me siento aludido". ¡Pero a ese que se lo lleve el diablo! Ésta y no otra es la suerte que tendrán que correr los hijos de este siglo. Nosotros en cambio, los hijos de luz, tenemos que consolarnos con que el Señor es un Señor clemente y misericordioso, noble y bueno, que no descarga su ira sobre el mayordomo infiel por el daño y perjuicio que éste le ocasionó abusando de sus bienes, sino que nos cubre con su grande y amplio manto que se llama "perdón de los pecados". Este perdón, así lo quiere Dios, ha de ser la fuerte bóveda que nos protege contra su espantoso juicio, contra su ira y contra la deuda que hemos contraído con nuestras muchas Caltas. Si yo no tengo conocimiento de que Dios quiere perdonarme mis pecados, tendré .que ir a lo más profundo del infierno con mi horrible saldo deudor. Dios es un excelente matemático; todos mis pecados los tiene bien contados. Por esto, lo primero debe ser que yo me deslice bajo su gran manto; de otra manera no podré soportar que al abrir mi cuenta, el Señor me diga: "En el cielo no puedes entrar, porque hasta ahora has malgastado tus bienes y has abusado de ellos del modo más irresponsable". Y lo segundo que debo hacer es decirle: "De aquí en adelante confiaré sólo en ti, y serviré a mi prójimo con mi dinero, mis dones y mis bienes y con todo lo que tengo, para que así pueda entrar en las moradas eterna, y para que los amigos que gané por medio de las riquezas injustas me presenten ante tu trono porque hice algo en favor de ellos". Ahora, cada uno ponga la mano sobre su corazón y vea en qué situación se halla.

3. La sería exigencia dirigida a la fidelidad del mayordomo. El que desprecia el mandamiento de Dios, se acarrea el juicio divino.

Veo que el evangelio lo explica todo muy claramente. Pero los hombres se sienten tan seguros que no le dan la menor importancia. Siendo así las cosas, preferiría ni siquiera mencionar

el 'dar', y darme por satisfecho con que la gente de hoy día por lo menos se abstuviera de estafar, defraudar y cobrar intereses excesivos. Antes se "daba" a manos llenas, y se "ayudaba" con generosidad, cuando los beneficiarios eran las iglesias y los conventos. Hoy en cambio todos fingen ser pobres que no pueden dar ni ayudar a nadie. Por esto se cumplirá en nosotros el dicho: "Después del calor, la tormenta", quiere decir, vendrán incendios, derramamiento de sangre y pestilencias. Más de uno se lamenta: "¡Estamos pasando tiempos tan malos! Antes, bajo el papado, no había tanta hambre ni tanta peste como ahora." Yo digo: ya bajo el papado habríamos merecido rayos y truenos. Y ahora que gozamos de la libre predicación del evangelio, somos peores que entonces. Claro, a mí también me gustaría que el cielo hiciera llover bendiciones sin cesar, que no me tocara mal alguno, y que Dios me permitiera hacer lo que me da la gana. Pero no puede ser que Dios conceda a los hombres diez, treinta o cincuenta años de tranquilidad durante los cuales los deja vivir en paz y los colma de bienes — y esos hombres no saben hacer otra cosa que amontonar dinero con cualquier medio lícito o ilícito. Es inevitable por lo tanto que vengan tiempos de carestía y de guerra, que caiga sobre la humanidad una desgracia tras otra, y al fin el fuego del infierno: porque tú nunca pensabas sino en entregarte al ocio y disfrutar de tu fortuna despreocupadamente y sin una palabra de agradecimiento; nunca se te ocurrió reconocer los dones de Dios o usarlos en la forma debida; más aún, querías arrebatarlo todo para ti mismo, y creías poder convertir a Dios, en tu ídolo. Si todavía no tienes la peste encima, y yo tuviera el poder de mandártela, créeme que te la mandaré, o si no la peste, unos cuantos soldados para que te desplumen. Esto es lo que mereces si durante treinta años quieres gozar de tus bienes a tu libre antojo y usarlos sin pensar un momento en Dios y en tu prójimo. Por consiguiente: en días de peste y carestía como los actuales, di: "Debo darle las gracias a Dios; lo que me pasa, lo tengo bien merecido. ¿Por qué no llevé una vida más piadosa cuando reinaban tiempos de paz?" Pero en lugar de reconocer que ellos mismos tienen la culpa, dicen ahora: la culpa la tiene el evangelio. El evangelio es para la gente de hoy el "diablo", el autor de todo lo malo. Y así, nuestro Señor para colmo tiene que aguantar críticas y reproches por haber enviado el evangelio, y porque tú fuiste durante toda tu vida un hombre impío, egoísta y desagradecido. Ni bien Dios te hace sentir un poco su vara, te pones a gritar: "¡La culpa la tiene el evangelio!" Sí, por eso te hará gritar también. "¡Ay, cómo aumenta la carestía, cuántos estragos causa la peste!" Y no te escuchará. Soportará impasible tus lamentos. Envió un azote tras otro, y dirá: "Antes eras tú el que se hacía el sordo; ahora yo tampoco quiero oír." Tú te pusiste testarudo, ahora se pone testarudo él. "Yo llamé, y no quisisteis Oír; extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis. También yo me reiré de vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis", leemos en Proverbios 1 (v. 24-26). Y así lo hará. Aceptad pues con resignación lo inevitable; y especialmente el pueblo que no muestra interés alguno en el evangelio y hace como si fuera inocente, arrepíentase y diga: "Sométámonos sin protesta bajo la mano de Dios; lo que él nos da es lo que hemos merecido." Dios es justo; a él sea toda la alabanza. Cuando se produzcan derramamientos de sangre, hambre, peste y otras plagas, es porque ha llegado el momento para ello. "Tiene que llegar el día", dice el Señor, "en que hagamos cuentas, por cuanto no queréis servirme ni darme las gracias". Corresponde, pues, que aceptemos el juicio de Dios cuando venga y cómo venga. Cuanto más tiempo transcurra, más caro te saldrá. Por tus murmuraciones y blasfemias, Dios no demorará demasiado; al contrario. Y en vano darás voces contra el agujón.

Dios quiere que demos a nuestro prójimo los intereses que nos producen los bienes que Él nos dio

Esto es lo que el Señor quiere decirnos con las palabras: "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas." "Todos estáis en deudas conmigo, tanto por vuestra falta de agradecimiento como por vuestra falta de amor. Todos sois mayordomos infieles, aun cuando os esforzáis en vivir cristianamente. Pero no quiero pedir cuentas con demasiada exactitud; antes bien, arrancaré de mis libros las hojas en que figura lo que me debéis. Cubriré vuestros pecados con la tapa de mi gracia y los perdonaré, siempre que en lo sucesivo me sirváis con vuestros bienes, de modo que perseveréis en el reconocimiento de mi bondad, en el agradecimiento por la misma, y en el amor hacia el prójimo." ¿Qué mejor cosa puede hacer Dios que destruir su lista de deudores, romper su tarja y prometeros plena gracia y misericordia, con tal que de ahora en adelante hagáis lo que es vuestro deber? Quien cree no poder aceptar esta promesa, proponga algo mejor. He aquí, pues, la lección contenida en este Evangelio: debemos aprender la sagacidad de aquel mayordomo infiel, y proceder como él: hacer que se nos encuentre ocupados en servir al prójimo. Y aunque este servicio todavía no sea todo lo puro y perfecto que debiera ser, sea perfecto al menos en el sentido de que elevemos el rostro hacia Dios como quienes harían con gusto el bien. Cada cual haga en su propio oficio y vocación lo que debe hacer, y no vuelva las espaldas a su prójimo diciendo: "Mi dinero es mío, no debo nada a nadie". Puede ser que en efecto, no debas nada a nadie; sin embargo, tus bienes en realidad no son tuyos, sino del que habita en los cielos y que te coloca frente a tus narices a tu prójimo que está en la miseria. Y te dice: "De lo que te di, pido intereses; ¡dáselos a tu prójimo!" Él no te quita lo que tienes; te lo deja. Pero quiere mantener su carácter de propietario; pues los intereses no se pagan para enriquecer al amo, sino como testimonio de que él es el propietario, para que los campesinos arrendatarios no puedan decir: "el campo es propiedad mía". Dios sólo quiere los intereses que le corresponden, y te envía con ellos a las personas que él considera pobres. ¿Y tú qué quieres? ¿Quedarte con el campo que en realidad es campo arrendado, y por añadidura negarte a pagar el interés, como ocurre entre campesinos y nobles? Vendrá el día en que los bienes te serán quitados, y en que irás a parar con cuerpo y vida al abismo del infierno; y los que entonces tendrían que ser tus amigos, serán tus adversarios y acusadores. Todo esto es una verdad predicada ya muchas veces, pero siempre hay que tratarla de nuevo.

4. La fe como fuente de poder para una mayordomía adecuada. El problema de "fe y obras" no es para preguntones ociosos.

Queda por resolver una cuestión: ¿Por qué el Señor asigna aquí a las obras que hacemos en nuestra vida terrenal una importancia tan grande, de modo que nuestras obras y el Mamón injusto, según Cristo, lograrán que por causa de ellos, los mendigos nos harán entrar en el cielo? ¿Triste cielo ha de ser aquel al que me facilitan la entrada brazos tales como los de los míseros a quienes en esta tierra les puedo ayudar con mis "riquezas injustas"! Y eso que ni ellos mismos están ya en el cielo; pues Cristo habla de personas que aún viven, no de los que han fallecido ya. A Pedro y a Pablo no los menciona para nada. Esto suena como si pudiéramos ganarnos el cielo con nuestras propias obras, incluso con obras que ni siquiera son buenas, ya que Cristo habla de las riquezas injustas. ¿Dónde queda aquí Cristo y su mensaje de que somos salvados de pura misericordia? ¿Qué vale, al fin y al cabo: la fe, o las obras? Esta cuestión no la quiero resolver ahora. Quien quiera una respuesta para usarla en contra de los que enseñan doctrina falsa, la hallará en los libros. Los otros, que sólo quieren discutir y mostrar lo mucho que saben, no necesitan respuesta; a éstos hay que decirles: Primero comenzad a hacer buenas obras; después, cuando sepáis algo al respecto por experiencia propia, volveremos a hablar. Pero tú no quieres

más que pasar por erudito y hacer interesantes comparaciones de textos bíblicos, cuando en realidad eres un idiota que no sería capaz de dar un centavo a Dios ni a los ángeles ni a su prójimo; por esto no seguiremos comentando el asunto contigo, sino que a gente como tú les señalaremos aquel dicho del Salmo 50. Oíste que se deben hacer buenas obras; pues bien, comienza a hacerlas, y luego pregunta si ellas te ayudan para algo, o si solamente la fe te ayuda. Los que en verdad hacen tales obras, no pueden hacerlas sin antes tener fe; ellos entienden esta pregunta. Mas aquellos que no la entienden ni la toman a pechos, son como los papistas que predicán y escriben extensamente acerca de las buenas obras, y sin embargo no saben de ellas más que el ciego de los colores. ¿Qué sentido tendría entonces que yo le diera un largo sermón acerca de la fe, la gracia y las obras a una persona tal, si no lo entiende o no lo quiere entender? Por esto, simplemente le digo: "Ve, y haz tú lo mismo", como dijo Cristo a aquel intérprete de la ley (Lucas 10:37). Estos necios quieren tener un conocimiento perfecto de esa ciencia de las buenas obras, y sin embargo no han hecho ninguna; por esto su conocimiento es nulo. Y aunque te mates estudiando, no sabrás nada, y no llegarás más lejos que los papistas que de buenas obras saben tanto como el ciego de los colores. Hablan y hablan, pero no son capaces de aplicar su conocimiento en la práctica; porque a todos les pasa lo mismo: cuando el asunto va en serio, y cuando viene el diablo y los ataca con textos bíblicos en cuanto a buenas obras, se les acaba la sabiduría extraída de los libros. Si no tienes las Escrituras Sagradas en tu corazón, y al menos un poco de experiencia propia, los demás, libros no te servirán de nada. Te pasará como al monje Tomás: cuando ya no sabía qué decir, tomaba en su mano un libro y declaraba: creo lo que dice este libro. Había llenado el mundo de libros; si hubiera tenido en su corazón el libro de Dios, habría sido mucho mejor. Esto lo digo de otros; ¿y no soy yo también un doctor? Sí, pero, yo sé de qué es capaz el diablo cuando entra en discusión con uno. Puede extinguir completamente la confianza en Cristo, y luego hacernos naufragar con nuestras buenas obras. En cambio aquella gente tan sabia, y al mismo tiempo tan inexperta, no lo sabe; por esto, cuando tendrían que presentar batalla, se darán cuenta de que jamás entendieron una palabra de lo que es fe y de lo que son buenas obras.

Para comenzar, pues, reconoce de todo corazón que eres el más miserable de los pecadores. Si no puedes, clama a Dios pidiendo que él te ayude a reconocerlo, y cobíjate bajo sus alas, bajo la bóveda de su gracia y misericordia. Luego —y esto te dirá si tu fe es una fe verdadera— toma tu Mamón injusto y hazte con él amigos, y trata de ver cómo puedes alabar y servir a Dios, y en qué puedes ser útil a tu prójimo. Entonces comprenderás por qué Cristo pone tanto énfasis en las obras. Sí ni entonces lo comprendes, mi predicación fue en vano. Aquel empero que quisiere discutir este punto con los que sostienen ideas erradas, encontrará en los libros lo que necesita. Por lo pronto puede decirse: hasta que tengamos pruebas de que los adversarios toman la cuestión en serio, por cada doscientos que sólo quieren criticar nuestra enseñanza, habrá uno solo que está dispuesto a jugarse la vida por ella.

Creo que con esto he dicho lo suficiente en cuanto a este Evangelio del mayordomo infiel. ¡Invoquemos a Dios que nos conceda su gracia para que podamos aprenderlo y practicarlo, a fin de ganarnos amigos por medio de las riquezas injustas!